

# La Muerte y los Límites de la Información

por Sebastián Salazar Bondy

El escándalo producido en Italia en torno a las revelaciones periodísticas —artículos y fotografías— hechas por el doctor Galeazzi-Lizi sobre la enfermedad, la agonía y la muerte de Pío XII, de quien aquél fuera médico de cabecera, ponen sobre el tapete del debate público no sólo el problema del secreto profesional —cuestión que la Asociación Médica de Roma ha considerado en su acción contra el facultativo—, sino también el de los derechos y límites de la información, en beneficio de la cual, sin duda, la prensa de la península y el mundo ha acogido los testimonios que han provocado la controversia. ¿Hasta qué punto —puede preguntarse— un diario o una revista están autorizados para develar las intimidades de la vida de un hombre ilustre y para, en el colmo del sensacionalismo, mostrar aquello que pertenece a su más entrañable exclusividad, la muerte por ejemplo? Hace algún tiempo un cronista gráfico norteamericano logró sobornar a enfermeras y médicos del hospital en donde agonizaba la gran poetisa chilena, laureada con el Premio Nobel de Literatura, Gabriela Mistral, y la publicación de esas placas del sufrimiento final de la escritora fueron objeto de una discusión encendida. Los propietarios de ellas dijeron que su deber era informar y que esa obligación profesional era la única norma a la cual se ceñían. El público pide más y más primicias sobre todo lo que le interesa, bueno o malo, y para el periodista que es esclavo del enfermo, hambre de sus lectores nada está por encima de la satisfacción de aquel apetito morboso de noticias.

En efecto, existe en nuestro tiempo el morbo colectivo de saber todo, absolutamente todo, lo que se refiere a la existencia de los personajes ilustres o notorios. Si se trata de un santo, se quiere saber qué hace

ese santo en el curso de sus días y sus noches, cómo hace compatible lo angelical y lo humano, por qué ha llegado al nivel superior que lo destaca por sobre el resto. Lo mismo si la figura extraordinaria es un criminal. La misma curiosidad impulsa a conocer hasta los detalles más nimios de su personalidad. Julián Marías ha señalado que en los Estados Unidos ha desaparecido, o está a



punto de desaparecer, la intimidad personal, el secreto que todo individuo, en uso de su libertad, resguarda de la vigilancia extraña. Cada columna de periódico alifia la noticia con el descubrimiento del más interior recoveco del actor de los hechos a los cuales el reportero ha tenido acceso. La característica señalada por el pensador español no es exclusiva, sin embargo, del periodismo norteamericano. La vehemencia informativa, tal vez invención yanqui, prevalece en el mundo entero. No es el caso de saber por saber: es saber para satisfacer determinados impulsos que se complacen en el dolor ajeno, en la desgracia de los otros, en la deformación biológica o moral de los demás. Lima, y el Perú entero, chapotearon sobre la sangre de aquel desgraciado que

hace dos años fue fusilado en cumplimiento de la condena a muerte que por un terrible delito le aplicó la justicia. En ese caso, como en tantos otros de aquí y del exterior, una macabra demanda de información obligó a dar cuenta prolija de cada uno de los momentos del roe, hasta la inhumación de su cadáver.

El doctor Galeazzi-Lizi ha vendido —o regalado, que es lo mismo— algo que pertenecía al difunto Papa, que no debía haber trascendido las paredes de la alcoba, en la cual ingresaron quienes, por su situación, estaban cerca del llorado moribundo. Ha traficado, pues, sin consentimiento del único que podía autorizarlo, es decir, del propio Pío XII, con una muerte, haciendo escarnio de su profesión y convirtiendo ese hecho, grave y trascendental, en motivo de conjeturas, cálculos, comentarios y manejos multitudinarios, por su índole, como es lógico, decididamente frívolos. No lo ha hecho con propósitos edificantes, ya que el cinismo predice las explicaciones que el médico ha dado a raíz del escándalo. Su objetivo ha sido publicitario, lucrativo. ¿Es la muerte un negocio? ¿Puede mercarse así? ¿Qué ética no rechaza tan tenebrosos fines de esta clase de información? La prensa es uno de los pilares de la sociedad contemporánea y se le debe exigir una conciencia plena de los efectos de su acción. Sus beneficios son inmensos, pero asimismo sus defectos y el mal que desatan no pueden medirse. Sólo la responsabilidad puede señalar aquí los límites entre lo lícito y lo ilícito.